


“Anthropos-ceno”/Conquistualoceno: Crisis de la humusidad de la Tierra. Reflexiones sobre violencia política y perturbación climática

Horácio Machado Araújo
Instituto Regional de Estudios Socioculturales (IRES-CONICET) y
Universidad Nacional de Catamarca

 <https://orcid.org/0000-0002-6072-9763>
hamachadoaraoz@huma.unca.edu.ar

RESUMO

La voz “Antropoceno” evoca la naturaleza radical de la crisis de nuestro tiempo-espacio. Da cuenta de una transformación catastrófica. De la Tierra y de la humusidad de la tierra. Corriéndonos críticamente de los naturalismos y las naturalizaciones ínsitas en la noción de “Anthropos”, acá procuramos revisar las raíces y los factores histórico-políticos que provocaron semejante emergencia geo-social. Invitamos a un desplazamiento de la mirada: de la Naturaleza a la historia, de la Especie a formaciones geoculturales, de las sustancias a las prácticas sociales. Con ello se intenta dar cuenta de los impactos geológicos de la violencia política. El texto remite los orígenes de esta Era de las catástrofes a la violencia conquistual originaria, aquella que dio lugar al nuevo mundo colonial-moderno. Y que dio nacimiento a Occidente como una (in)Civilización de la guerra. Guerra perpetua de conquista. El pasaje del colonialismo al conquistualismo se entiende como un ejercicio de profundización de la conciencia crítica. La violencia conquistual está degradando la habitabilidad de la Tierra. Y las potencialidades sensoafectivas de la sociabilidad que nos hizo Huma-nus. Conquistualoceno habla de la violencia política provocando no sólo la “caída del cielo” sino también degradando la propia condición humana.

Palavras chaves: Anthropos-ceno, violencia política, perturbación climática.

*“Nos dicen, y debe ser verdad, que todo está descontrolado, desorientado,
amortiguado, enloquecido,
la sangre y el viento.
Eso es lo que vemos y experimentamos.
Pero es el mundo entero el que te habla, a través de tantas voces amordazadas.
Mires donde mires, encuentras desolación. Y, sin embargo, vuelves. (...)
No es frecuente que veamos,
y cada vez es más frecuente que no nos esforcemos por ver,
la miseria del mundo,
la de los bosques de Ruanda y la de las calles de Nueva York,
la de las fábricas clandestinas de Asia, donde los niños no crecen,
y la de las silenciosas altitudes andinas,
y la de todos los lugares de humillación, degradación, prostitución,
y el de tantos otros que pasan ante nuestros ojos desorbitados,
pero no podemos evitar admitir que hace ruido,
un rumor infatigable que mezclamos sin saberlo
con la rítmica mecánica y tediosa de nuestro progreso y nuestros legados.”
(Edouard Glissant, *Treité du Tout-Monde*, 1997).*

1. SOBRE EL NUEVO ESTADO DE LA TIERRA: APERTURAS, IMPLICACIONES.

Desde que fuera enunciada justo en el comienzo de este nuevo milenio del cristianismo-occidentocéntrico (desde donde se nos ha acostumbrado a contar el tiempo –y no sólo eso), la voz “Antropoceno” resuena como un gran terremoto científico y político. Ha conmovido el suelo epistémico más pétreamente consolidado del Mundo Moderno. El “Antropoceno” plantea un diagnóstico crucial, crítico, terminal para las formas políticas a través de las cuales las sociedades humanas modernas han construido sus nociones de mundo y sus formas de concebirlo/producirlo; sus cosmovisiones, sus modos de vivir, de convivir, de habitar y de tratar la Tierra.

Eso significa que las implicaciones de esa palabra “Antropoceno” pone en crisis la totalidad e integralidad del edificio científico moderno (al menos, el erigido en base y al calor de la oficialidad del poder), cuestionándolo desde sus propias raíces: no sólo esa compartimentación del mundo que le es constitutiva, entre una *Naturaleza-objeto* inerte y

pura exterioridad carente de cualquier valor intrínseco, más allá de los valores instrumentales/utilitarios asignados antropogénicamente, de un lado, donde se estructuran todas las ciencias naturales (desde la biología a la geología, pasando por la física, la química, la botánica, la zoología, la oceanografía, la astronomía, y todo el conjunto de incontables ramificaciones que no paran de crecer); y del otro lado, el mundo presunto de lo propiamente Humano, el de la historia y la cultura; vale decir, el del *Sujeto que se erige como único protagonista de la historia*; único dueño y señor de la Tierra; el único productor geográfico. “Antropoceno” viene a decir que esa fractura radical está errada; no se corresponde con la materialidad fáctica de los procesos, básicamente terráqueos y eventualmente, sobrevinientemente, humanos.

Al corroer el axioma de la fractura que está en sus fundamentos, el cuestionamiento se extiende, en general, a los modos mismos de concebir y de producir el propio conocimiento; un cuestionamiento sobre sus bases, sus medios y sus fines. Porque efectivamente, al develar los peligros de esta nueva Era, la propia voz “Antropoceno” revela también en qué medida tales peligros son, propiamente, producto y resultado del desarrollo científico. Es la propia ciencia moderna la que ha creado las amenazas y los riesgos que hoy se ciernen sobre el mundo. Como reflexionaba el historiador ambiental Donald Worster “no hay manera de evadir el hecho de que la ciencia ha hecho posible la moderna devastación de la naturaleza” (Worster, 2008, p. 13).

No deja de ser una paradoja trágica: el hecho de que, mientras que la emergencia y sobrevivencia de la especie humana ha sido enteramente dependiente de nuestro extraordinario desarrollo cognitivo, de nuestras capacidades específicas sobresalientes en términos de producción y acumulación de conocimientos, por otro lado, ahora, a estas alturas de la historia, nos percatamos de que “cuanto más conocemos, más peligrosos nos hemos vuelto para nosotros mismos, y para el resto de las especies y formas de vida que habitan la Tierra” (Worster, 2008, p. 13).

Se trata, entonces, de la propia naturaleza de las afecciones y afectaciones entre lo Humano y la Tierra, lo que viene a ser colocado como materia de revisión crítica por parte del hallazgo del “Antropoceno”. Debemos re-examinar ¿qué tipo de vínculos existen entre

los seres humanos y la Tierra?; ¿cuál es la naturaleza de esos vínculos?; ¿qué significa la Tierra para nuestra especie y qué significa el Homo Sapiens para el resto de las comunidades bióticas que conforman la biodiversidad terráquea?. Es que ¿tenemos un lugar, un papel que cumplir en el planeta? ¿Será que tenemos alguna función ecológica que desempeñar?

Por supuesto, planteamos y abordamos estas preguntas corriéndonos de todo naturalismo y prevenidos contra todo tipo de naturalizaciones. El punto de origen de las interpelaciones es que no hay nada dado ni pre-establecido en materia del rol o la función de los humanos sobre la Tierra. De lo que se trata es, justamente, de indagar sobre qué hemos hecho fácticamente; cómo hemos construido (o sería más apropiado decir *destruido*) ese vínculo con la Tierra; en qué lugar nos hemos colocado, y qué rol nos hemos autoasignado como especie; de qué manera, de qué modos (geohistóricos concretos, socioculturalmente circunscritos, políticamente determinados) hemos determinado los contornos y los fondos de la propia naturaleza humana.

El “Antropoceno”, como revelación, pone en evidencia, de manera central, como cuestión decisiva, que el modo socialmente humano de concebir, producir y tratar la Tierra es, *ipso facto*, un acto constituyente fundamental, no sólo del mundo que tendremos (la realidad fáctica de la existencia dada), que “nos damos” como consecuencia emergente de tal determinación, sino también, consecuentemente, correlativa e insoslayablemente, es también el proceso ontológico-político fundamental a través del cual definimos qué es y en qué consiste el *ser humano*.

Vale decir, queda claro que no hay determinación ni natural ni sobrenatural respecto a los modos de vinculación y de interrelación entre lo humano y lo terráqueo; toda determinación es una resultante de un proceso geohistórico; sociopolítico, donde las diversas comunidades y formas de ser humanos producen sus mundos-de-vida en una densa y compleja red de interacciones e imbricaciones co-existenciales que vitalmente, orgánicamente, nos unen y nos vinculan con el resto de biodiversidad terráquea. El punto entonces es, qué tipos específicos de determinaciones y formas son las que están en los

orígenes de este nuevo ciclo y proceso geológico sobreviniente, llamado de “Antropoceno”.

Hoy, como una tarea urgente, como una necesidad vital, de sobrevivencia, estamos conminados a afrontar y acometer una revisión integral, radical, exhaustiva y necesariamente crítica, de los modos histórico-políticos a través de los cuales las sociedades modernas (lo vamos a decir así, todavía en un sentido muy general) han construido sus vínculos con la Tierra; qué tipo de contrato (epistémico, ontológico y político) es el que la ciencia moderna ha establecido entre lo Humano y la Tierra, como base y suelo epistémico de sus condiciones operativas y de validez.

En ese sentido hemos afirmado que la voz “Antropoceno” está abriendo paso a una nueva revolución científica. Implica la desfundamentación del paradigma científico moderno en sí, pero también da un paso más allá de la pura disolución posmoderna de todo criterio de validez. Con todas sus limitaciones, las aperturas e implicaciones del “Antropoceno” nos proveen nuevos elementos, nuevas pistas, nuevos motivos y argumentos para revisar y repensar la naturaleza de las afecciones que en general se dan sobre la Tierra; y, en particular, para reflexionar sobre la naturaleza de las afectaciones y vincularidades — producidas y que se producen — entre Terra y Homo.

Dada la relevancia y trascendencia de sus implicaciones, consideramos que el hallazgo del “Antropoceno” puede ser el detonante de una nueva revolución científica (deberíamos procurar que lo sea). Sus revelaciones son tan decisivas como aquellas que salieran a la luz con los hallazgos convergentemente revolucionarios de la llamada “edad heroica de la geología” (Bowler, 1992) y de la biología evolutiva, a mediados del siglo XIX, cuando las evidencias sobre la profunda historicidad de la materia — en las complejidades de su devenir — empezaran a horadar los presupuestos humanistas de la primitiva ciencia cartesiana. En efecto, nos remitimos al momento revolucionario en el que las nuevas evidencia sobre la edad y las edades de la Tierra, sobre el origen de las especies y la ascendencia inmanente del propio Homo Sapiens, comenzaron a echar por tierra las doctrinas creacionistas, entonces dominantes.

Entre 1830 y 1863 se publicaron: “Principios de Geología”, “El origen de las especies”, “Evidencias geológicas de la antigüedad del hombre”, “Evidencias del lugar del hombre en la Naturaleza”. A través de estas obras, los hallazgos de Abraham Gottlob Werner (1749-1817) y Charles Lyell (1797-1875) en la geología, de Charles Darwin (1809-1892), de Alfred Russel Wallace (1823-1913) y Thomas Huxley (1825-1895) en la biología, empezaban a revelar la extraordinaria complejidad, longevidad e intensidad de las conexiones y afecciones entre la Tierra y lo Humano, ya concebido éste como forma-específica emergente de la incesante dinámica contingente de la materia en continuo devenir. Estos hallazgos no sólo ponían en crisis las versiones teológicas del origen del mundo y del ser humano, sino también la novel representación de lo humano que se fraguaba al calor de la primitiva ciencia moderna. El excepcionalismo humano — tanto en su versión celestial, como en la versión cartesiana de un *Cogito* abstraído del mundo, con capacidades panópticas, omniscientes y presuntamente ilimitadas — pasó a ser jaqueado por las evidencias de una especie cuya ascendencia provenía más bien del azaroso devenir simpoiético de moléculas, bacterias, organismos y procesos telúricos. No sólo se abría paso a una dimensión de la temporalidad hasta entonces impensada, sino que, además, dentro de esa profunda hendidura mil-millonaria de la vida terráquea, las especies se veían intensa y orgánicamente interconectadas en procesos comunes de formación y transformación continua. Dentro de esos flujos, lo humano se revelaba como un minúsculo ser corpóreo, materialmente envuelto en una maraña excedentaria de biodiversidad, interdependencias y mutualidades en continuo movimiento.

Hoy, como en los tiempos revolucionarios de Lyell y Darwin, el “Antropoceno” resulta también profundamente incómodo e inconveniente para las más profundas convicciones religiosas del presente. Pone en cuestión visiones de mundo petrificadas en instituciones, geografías y prácticas; en *creencias-hecha-cuerpos* (Bourdieu, 1980), ahora, en algunos millones de organismos humanos vivientes. Pero no se trata ya de la impugnación de los preceptos de la vieja teología medieval. Ahora el “Antropoceno” resuena como herejía para la fe moderna del progreso; el credo de la omnipotencia tecnológica, del crecimiento infinito y su liturgia eficientista, de la racionalidad instrumental bajo comando burocrático.

En términos estrictamente científicos, empíricamente verificados y contrastables, el “Antropoceno” designa un nuevo estado y condición general de la biósfera terrestre en el que sus dinámicas, composiciones y configuraciones hidrológicas, atmosféricas, climáticas y geoquímicas han sido drásticamente perturbadas por determinadas y concretas formas antropogénicas de obrar.

Las perturbaciones antropogénicas sobre la Tierra nos retrotraen a los efectos industriales de la primitiva ciencia moderna. Los hallazgos de Lyell y Darwin se producían al mismo tiempo que empezaba a levantar velocidad y vuelo la hasta ahora imparable maquinaria de destrucción creativa del progreso moderno. Las huellas del “progreso” que toman en cuenta Crutzen y Stoermer (2000) nos hablan de un devenir catastrófico del mundo. En el instante de tiempo geológico que nos separa del mal llamada (es decir, incorrectamente localizada y fechada) Primera Revolución Industrial, los autores constatan que:

La expansión de los humanos, tanto en su número como en la explotación per cápita de los recursos de la Tierra, ha sido asombrosa.... A lo largo de los últimos tres siglos, la población humana se incrementó en diez veces, sólo acompañada de un crecimiento en la población de ganado hasta unos 1400 millones (cerca de una res por familia promedio). La urbanización se ha incrementado en diez veces durante el último siglo. A lo largo de unas pocas generaciones, los humanos han explotado y acercado al agotamiento los combustibles fósiles que fueron generados a lo largo de varios centenares de millones de años. Las emisiones globales de dióxido de azufre son al menos dos veces mayores que la suma de todas las emisiones naturales...

Los humanos utilizan más de la mitad de toda el agua dulce accesible; la actividad humana ha incrementado la tasa de extinción de especies entre mil y diez mil veces en los bosques húmedos tropicales y muchos gases importantes de “efecto invernadero” se han incrementado sustancialmente en la atmósfera: dióxido de carbono en más del 30%, y metano en más del 100%. Más allá de esto, los humanos liberan muchas sustancias tóxicas en el ambiente.

Los humedales costeros también se ven afectados por los humanos, lo que ha dado lugar a la destrucción del 50% de los bosques de manglar del mundo. Por último, las actividades predatorias mecanizadas (las “pesquerías”) extraen más del 25% de la producción primaria de los océanos y del 35% en la placa continental de las regiones templadas. Los efectos antropogénicos documentados incluyen la modificación del ciclo

geoquímico en grandes sistemas de agua dulce, y ocurren en sistemas distantes de sus fuentes primarias.

En otros términos, “Antropoceno” alude al fin del mundo geológico hasta ahora conocido por la humanidad. Refiere a la muerte definitiva de las regularidades del Holoceno y al ingreso hacia una materialidad no sólo completamente incógnita, sino además, extremadamente desafiante. En menos de 300 años las concentraciones de dióxido de carbono atmosférico saltaron de 280 ppm a más de 420 ppm, superando holgadamente lo que otros científicos han marcado como el límite planetario de seguridad climática establecido en 350 ppm (Rockström *et al.*, 2010). Para hallar una composición química de la atmósfera terrestre similar a la actual, debemos remontarnos al Plioceno, la época geológica acontecida entre 5,3 millones a 2,6 millones de años atrás, cuando las temperaturas medias globales eran entre 2° y 3° C más cálidas, el nivel medio del mar era de 25 metros. más alto que el actual, y la especie humana ni siquiera hacía parte de la vida planetaria.

El fin del mundo del Holoceno nos coloca ante un nuevo régimen climático en el que nuestra especie no tiene experiencia alguna de sobrevivencia. Al decir de Bruno Latour:

no solamente nos encontramos en un momento sin precedentes en la historia; no solamente hemos franqueado un umbral –término a la vez jurídico, científico, moral y político-..., sino que, además, probablemente ya hemos dejado atrás el momento en el que podíamos hacer algo al respecto” (Latour, 2017, p. 60).

Así, el “Antropoceno” expresa de modo radical una paradoja desesperante: la pretensión de omnipotencia de la primitiva ciencia moderna, nos sitúa en un escenario inédito de extrema vulnerabilidad e impotencia. La atrevida aventura de la Razón Imperial (Worster, 1998) — el de hacer de la vida un objeto de control y campo de experimentación sometido al dominio, pretendido absoluto, de la voluntad humana —, pone en el centro de las cuestiones políticas del presente las conexiones insoslayables entre régimen de verdad y régimen climático; entre epistemologías, ontologías y des-órdenes geológicos; mejor dicho, geológico-políticos.

La ruinosa alteración de las composiciones holocénicas de la Tierra pone en entredicho (o debería) no sólo la cuestión superficial de los efectos y consecuencias aparentemente “no deseadas” o “imprevistas” del aparato científico-tecnológico constitutivo de la economía política moderna, sino ya, más radicalmente, la de las propias raíces epistémicas y ontológicas en las que se sustenta. No se trata apenas de la huella atmosférica de los combustibles fósiles, sino del sistema perceptivo, cognitivo y práctico a través del cual ha sido construido el modo “humano-moderno” (hegemónico y globalizado) de ser y estar en el mundo; de concebir el mundo, de relacionarse con el mundo de la vida y de producir sus propias condiciones de existencia. El gravoso deterioro “antropogénico” de la Biósfera terrestre no puede comprenderse sino como parte resultante del proceso histórico-político que edificó las bases epistemológicas y ontológicas sobre las que se erigieron las transformaciones modernas; tanto del sistema Tierra como de la propia condición humana.

De allí la imperiosa necesidad de revisar las genealogías y las historiografías universalistas que se nos ofrecen; de desconfiar y deconstruir los imperialismos implícitos en el discurso geológico (Yussof, 2018). Una revolución científica, epistémica-política, significa la necesidad de un *desplazamiento* desde la arrogancia de la Razón Imperial hacia una epistemología de la humildad, suelo sobre el que puede prosperar una ecología de saberes -más que necesaria- para nuestro tiempo.

Traducido en términos de desafíos políticos, la cuestión decisiva es ¿cómo reaccionamos frente al “Antropoceno”? ¿Qué actitudes tomamos ante sus amenazas y peligros? Poner nombres a la nueva era; indicar sus fechas de origen y señalar sus factores desencadenantes, no es una tarea meramente de erudición intelectual. Ahí mismo se juegan las actitudes y prácticas políticas desde las cuales se piensa afrontar las inclemencias de este nuevo régimen climático. De allí nuestra insistencia en descolonizar el “Antropoceno”, en afrontar la necesidad de revisar radicalmente el régimen de verdad desde el cual vamos a procurar la sobrevivencia humana en esta nueva Era de la Tierra.

2. “ANTROPOCENO”, CAPITALOCENO Y MÁS ALLÁ... HACIA UNA DESCOLONIZACIÓN DEL DISCURSO GEOLÓGICO

El Ántropos no hizo el fracking y no debería nombrar a esta época amate de la doble muerte... La historia de la Especie Hombre como agente del Antropoceno es una repetición casi ridícula de la gran Aventura fálica, humanizadora, modernizadora, en la que el hombre, hecho a imagen de un dios desvanecido, adquiere superpoderes en su ascensión sagrado-secular, solo para acabar en una trágica detumescencia... (Donna Haraway, “Seguir con el problema”, 2019).

Donna Haraway afirma que “si tan solo pudiéramos tener una palabra para estos tiempos SF, debería ser, sin duda alguna, Capitaloceno” (Haraway, 2019, p. 84). Al subsumir toda la historia de la humanidad en la trayectoria aldeana de Occidente, al suprimir de un plumazo la vastísima diversidad y hasta la inconmensurable riqueza de experiencias, producciones y modos de existencia de infinidad de poblaciones/pueblos humanos (*agro-culturas*) que habitaron y habitan la Tierra, los geólogos del Norte que hablan de “Antropoceno” se hacen eco de la violencia epistémica inherente a la Razón colonial/imperial eurocentrada, que justamente está en la raíz de los desastres geológicos del presente.

Para los naturalistas del “Antropoceno”, fijar sus orígenes es una tarea que se restringe a determinar fechas y sustancias; ya sea, el carbono y su ininterrumpida carrera de quema obsesiva desde la invención de la máquina de vapor de James Watt (1784) (Crutzen y Stoermer, 2000); sea ya, la del uranio y su persistente radioactividad milenaria, desatada tras la escalada nuclear de posguerra (Zalasiewicz *et al.*, 2008). Su problema no es tanto la historiografía que proponen como la ontología antropocéntrica, evolucionista, racista y patriarcal en la que está asentada. Hablar de Antropoceno, a secas, supone la universalización de la condición humana bajo el molde de la mundialización de “Occidente”; *una inaceptable naturalización de la propia violencia civilizatoria sobre la que dicha experiencia se ha constituido.*

Frente a ello, la perspectiva de las ciencias sociales ha avanzado en una historización de esta nueva Era, contribuyendo a poner de manifiesto las *relaciones de poder* y los *específicos grupos de humanos* que -con sus respectivas motivaciones particulares e intereses concretos, mediante tipos determinados tipos de prácticas, y bajo modalidades

políticamente determinadas- operaron esas sustancias, desencadenando sus proliferaciones catastróficas. La historización involucra una operación de distanciamiento crítico respecto de la antropología imaginaria – de cuño liberal burgués, predominantemente hobbessiana-smithiana – ocluida bajo la figura del “*Anthropos*” como un universal abstracto; pero también requiere una deconstrucción crítica de la trayectoria tecnológica del “desarrollo de las fuerzas productivas” del capitalismo como si se hubiese tratado del mero resultado de elecciones racionales fundadas en exclusivos criterios de eficiencia y productividad.

Al historizar, estas operaciones producen un desplazamiento sustancial: de la *Naturaleza* a la historia; de la *Especie* a la diversidad de pueblos/geoculturas (en cuanto modos humanos concretos y situados geohistóricamente de vida y convivencialidad; de producción social de la existencia); de las sustancias y las tecnologías, a la de determinadas prácticas, modos de uso, significación y valoración, ancladas en determinadas formas y estructuras de relaciones de poder (Machado Aráoz, 2022). La noción de Capitaloceno (Altvater, 2014; Malm, 2016; Moore, 2016; 2021; Fraser, 2021) viene a operar como una primera y fundamental operación de distanciamiento crítico de la ideología pseudo-universalista, de las generalizaciones y abstracciones embutidas en la evocación de un presunto “*Anthropos*” que reflejaría la esencia de la condición humana.

Los efectos catastróficos sobre el clima y los ciclos hidroenergéticos y bioquímicos de la Tierra no son el resultado de un “desarrollo natural” o un “proceso civilizatorio” preestablecido de la especie humana. Las dinámicas de urbanización, industrialización, mercantilización, carbonización y uniformización de la vida terráquea no responden a ningún mandato, ni natural, ni sobrenatural; no son el producto de un designio divino ni de la Historia. Son simplemente el resultado de un proceso histórico-geo-político contingente a través del cual los presupuestos y configuraciones praxeológicas del capital fueron erigiéndose como imperativo categórico del modo de concebir-se, sentir-se y hacer-se “humano”. Configuraciones praxeológicas a través de las cuales también, correlativamente, fueron produciendo y moldeando las condiciones generales de

existencia de la vida social (de todas las poblaciones) humana(s) y del conjunto de la biodiversidad terráquea co-existente y con-viviente sobre la faz de la Tierra.

Ahora bien, siendo fundamental este movimiento es, en sí mismo, insuficiente. Es necesario no sólo desnaturalizar el “Antropoceno” sino también descolonizarlo. Una desnaturalización que hace caso omiso del colonialismo como contexto y modo de producción de las condiciones históricas de posibilidad del capitalismo, es una desnaturalización que se queda a mitad de camino. Ofrece una lectura, muy probablemente, susceptible de tornarse presa fácil para otro tipo de imperialismo evolucionista, inscripto ya en una filosofía de la historia supuestamente crítica; ese que ha hecho del “materialismo histórico”, una sucesión determinista de “modos de producción”, en la que el capitalismo sería un estadio superior de la “humanidad”, aunque no ya el último.

La descolonización del “Antropoceno” y del “Capitaloceno” implica ir a las raíces ontogenéticas del capital como nuevo patrón de poder (Quijano, 2000) de carácter originariamente global, y que acabó erigiéndose como una fuerza ecológico-política re-configuradora de la totalidad de relacionamientos, establecimientos, convencionalidades, emocionalidades, racionalidades, fuerzas motivacionales y valorativas que hacen a la producción de la vida social –humana y más que humana- sobre la Tierra. Una lectura descolonial del capitalismo/Capitaloceno supone dar cuenta de su emergencia no como una “necesidad evolutiva”, sino como una (drástica) contingencia histórico política; propiamente, una emergencia geosocial.

De allí nuestra insistencia en señalar a la entidad “América” como origen histórico-geográfico y principio epistémico-político del capitalismo/Capitaloceno (Machado Araújo, 2014; 2016; 2019; 2022). Ese planteo involucra un desplazamiento radical de la ontología política de la colonial-Modernidad. Indica la necesidad de retrotraer los orígenes del capital al “largo siglo XVI” y a las profundas transformaciones en escala y significación que adquieran las prácticas mercantiles y bélicas, en el desplazamiento de la economía del Mediterráneo a la del Atlántico y el Océano Índico (Braudel, 1976; Wallerstein, 1979). De pensar la formación geográfico-política del capitalismo no como un

fenómeno intra-europeo, resultante de una presunta excepcionalidad del hombre blanco, sino como el producto de un proceso geográfico más complejo, multiescalar, imbricado en transformaciones sincronizadas de múltiples espacios locales, regionales y globales, todos ellos conectados y reconfigurados por un sistema de gestión propiamente colonial de disposición y administración de energías y seres vivos, ya exclusivamente codificados en términos unidimensionales de “recursos” (sea “materias primas” o “fuerza de trabajo”) mercantilizados/mercantilizables.

Descolonizar el Capitaloceno supone desplazar sus orígenes, desde la “Revolución Industrial” y la “Revolución Francesa”, a la *Revolución Mineral* puesta en marcha con la explotación a escala industrial del Cerro Rico del Potosí y la correlativa *Revolución del régimen de Plantación* que en los trópicos del litoral atlántico dinamiza la producción de azúcar, la esclavitud y la devastación de bosques a gran escala.

En términos de sustancias y de regímenes energéticos, implica advertir que antes que el carbono empezara a ser usado como combustible que mueve el sistema de máquinas y objetos en el siglo XVII, ya los metales preciosos y el azúcar en el siglo XVI empiezan a cambiar la matriz energética que mueve el sistema de sujetos; sus motivaciones y prácticas, como sustancias emblemáticas que fungieron como combustible de la avidez conquistual del valor abstracto.

Antes que protestante, el espíritu del capitalismo fue católico; mismo un cristianismo de guerra fundado en una presunta superioridad moral y civilizatoria impuesta a sangre y fuego, fundadora y legitimadora de una economía de guerra; una guerra de conquista y explotación-mercantilización. Antes que las mudanzas de los viejos burgos medievales, las primeras urbanizaciones propiamente modernas se edificaron en “América”, pensadas propiamente como tecnologías espaciales de control (primero, de colonización; luego, de modernización) de territorios y poblaciones sometidas a dinámicas de mercantilización forzada (Morse, 1990; Santos, 2009; 2017).

En términos de los cambios en las relaciones de producción, antes que en la “generalización” del régimen asalariado, es preciso remitirnos a la organización racional y a gran escala de la servidumbre y la esclavitud; admitir la dependencia originaria y

estructural del capitalismo respecto de la clasificación racial de las poblaciones, como dispositivo clave de su sistema de explotación y súper-explotación diferencial del trabajo humano (Quijano, 2000; Marini, 2008).

De la misma manera, al revisar el cambio crucial que se da en el modo de concebir y de producir el conocimiento con los orígenes de la ciencia, hay que tener claro que esa revolución científica no se gesta en el Siglo XVII en escritorios y laboratorios de Königsberg, Londres o Paris, sino en las expediciones exploratorias y los laboratorios a cielo abierto desplegados por misioneros y comerciantes sobre la vasta biodiversidad de la geografía americana desde el siglo XVI en adelante. Como señala el historiador de la ciencia Peter Bowler:

a largo plazo, los descubrimientos hechos en América y Asia fueron los que ejercieron los efectos más profundos en la [constitución] de la ciencia europea (...) [Desde entonces] todas las ciencias, entre ellas la historia natural, serían revolucionadas cuando los nuevos imperios comerciales empezaran a demandar una ideología que presentara a la naturaleza solamente como un sistema material a ser explotado (Bowler, 1998, p. 55).

Más concretamente, advierte que no hay que perder de vista que:

los hombres que partieron a colonizar América y la India, no eran ilustrados, sino comerciantes [y mercenarios] que partían en busca de ganancias. Al final, su manera práctica de percibir la naturaleza tendría un efecto sobre el desarrollo de la ciencia mayor aún que el ejercido por los propios descubrimientos [cognitivos] (Bowler, 1998, p. 55).

En definitiva, descolonizar el Capitaloceno implica retrotraerlo a sus albores, es decir, remitirnos al:

descubrimiento de los yacimientos de oro y plata de América, la cruzada de exterminio, esclavización y sepultamiento en las minas de la población aborigen, el comienzo de la conquista y saqueo de las Indias Orientales, la conversión del continente africano en un coto de caza de esclavos negros... (Marx, 1867).

Pensado en estos términos, el capitalismo no se concibe como una necesidad histórica en el marco de un “desarrollo ineluctable” de la “Humanidad”; ni la producción capitalista de la “Naturaleza” se da apenas como una expansión cuantitativa y geográfica

de una transición económica ya en curso en el mundo medieval (Moore, 2003; 2013). En todo caso, más que una continuidad, la invasión/invención de “América” — así constituida como “la primera entidad geosocial de la Modernidad”/colonialidad (Quijano y Wallerstein, 1992, p. 583) — constituye una *crucial ruptura*; una ruptura histórica, ecológica y política; la *Gran Fractura Geosociometabólica* que da lugar a la *emergencia*, no apenas de un “Nuevo Mundo” (“América” y todo el sistema mundo colonial de estados territoriales nacionales), sino ya, de una Nueva Era geológica. Como señala Donna Haraway:

El carbón y la máquina de vapor no determinaron la historia (...), hay que incluir, por lo menos, las reconfiguraciones de mundos del gran mercado y las mercancías de los largos siglos XVI y XVII... Sin lugar a dudas, es necesario hablar de las redes que conectan azúcar, metales preciosos, plantaciones, genocidios indígenas y esclavitud, con sus innovaciones laborales y sus desplazamientos y recomposiciones de bichos y cosas barriendo a trabajadores humanos y no humanos de todos los tipos.” (Donna Haraway, 2019, p. 84).

3. LA CONQUISTA Y EL *PICO ORBIS*: HUELLAS GEOLÓGICAS DE LA VIOLENCIA CONQUISTUAL

“La conquista fue, ante todo, una tremenda carnicería” (Mariátegui, “Siete Ensayos de interpretación de la realidad peruana”, 1928).

“En América hubo una destrucción tan vasta de las poblaciones indígenas y una importación tan abundante de mano de obra, que el proceso generó menos una reconstrucción de instituciones políticas y económicas, que su construcción virtualmente ex-nihilo” (Quijano y Wallerstein, “La americanidad como concepto, o América en el moderno sistema mundial”, 1992).

Retrotrayéndolo entre casi dos y cuatro siglos a las fechas propuestas por los naturalistas del “Antropoceno”, los geógrafos y climatólogos Simon Lewis y Mark Maslin (2015) plantean datar los orígenes de esta nueva era geológica en 1610. Ese año los hielos antárticos reflejan el mayor descenso del dióxido de carbono atmosférico registrado durante la historia de la especie humana sobre la Tierra, cayendo a 271,8 ppm, fenómeno que la climatología histórica también certifica, en vinculación con la llamada “Pequeña Edad de Hielo”, extendida entre 1570 y 1700 aproximadamente, y registrada por una

sucesión de anomalías y desastres meteorológicos que se expandieron por el globo en forma de pérdidas de cosechas, trastornos en la agricultura, hambrunas, conflictos y guerras por alimentos (Lewis y Maslin, 2015; Blom, 2020).

A diferencia también de los naturalistas del clima, que remiten la causalidad a una acción antropogénica directa sobre sustancias, Lewis y Maslin advierten la perturbación en la composición química de la atmósfera como resultado de acciones antropogénicas de ciertos grupos de humanos sobre otros. Concretamente, en forma de una Gran Matanza de poblaciones humanas, de proporciones inéditas a lo largo de toda la historia de la especie. En efecto, el *Pico Orbis* — tal como plantean denominar al significativo descenso del CO₂ atmosférico registrado como Sección y Punto Estratigráfico Global (GSSP) en 1610 —, sería, en realidad, el registro atmosférico de lo que los autores llaman la “Gran Mortandad”, registrada a partir de 1492 en adelante, como consecuencia de la invasión y guerra de conquista de “América” y de todo el despliegue de un sistema organizado a gran escala de captura y tráfico de esclavos extraídos de África para ser trasplantados como mano de obra forzada en minas y plantaciones. por entonces, proliferantes en el “Nuevo Mundo”.

De acuerdo a los autores, ese proceso desencadenó el más grande desplazamiento y “reemplazo de población humana en los últimos 13.000 años”, con la muerte de más de 56 millones de habitantes originarios de las “América” y el tráfico de 12 millones de africanos esclavizados (Lewis & Maslin, 2015, p. 174). Se trata del mayor evento de mortalidad humana en términos proporcionales a lo largo de toda la historia de la especie, que implicó la eliminación del 90% de la población americana, equivalente al 10% de la población mundial de la época. En términos absolutos, esa mortandad sólo fue superada por la cantidad de víctimas de la Segunda Guerra Mundial (80 millones de personas; 3% de la población de la época). Por cierto, la catástrofe demográfica provocó ineludibles efectos ambientales: “El casi cese de la agricultura y la reducción del uso del fuego dieron lugar a la regeneración de más de 50 millones de hectáreas de bosques, sabanas leñosas y pastizales” (Lewis y Maslin, 2015, p. 175), lo que subyace y da cuenta de la absorción a gran escala del CO₂ atmosférico registrado por el *Pico Orbis*.

A 150 años de las anotaciones de Marx sobre los albores de una nueva economía política que nació “chorreando lodo y sangre” y que hizo de “la violencia, por sí misma, una potencia económica” (Marx, 1867), dotados de un poderoso instrumental de observación empírica de las dinámicas geológicas, atmosféricas y climáticas de la Tierra, además de un vasto acúmulo de investigaciones y desarrollos científicos, Lewis y Maslin vienen a certificar empíricamente la envergadura geológica de la llamada “acumulación primitiva”. 1610 marca así el registro estratigráfico del genocidio fundacional de la nueva Era. El *Pico Orbis* es un indicador de la violencia del Conquistador dejando su huella en el clima y la atmósfera; provocando el primer gran evento de trastorno geometabólico del planeta.

Esta gran “espiga dorada” es la primera de una sucesión de espigas subsecuentes, las que, más allá de dejar registros en los hielos inmemoriales, están “empaladas en la carne, como sitios de violencia ejercida sobre la integridad de la subjetividad, la corporeidad y la territorialidad” (Yusoff, 2018, p. 67). Una espiga dorada que consigna no sólo la perturbación del clima y la ola de extinciones masivas del presente, sino ya entonces, la extinción de pueblos enteros, con sus respectivas biotas y ecosistemas, sus lenguas, sus culturas, sus saberes y modos de vida. El fin de sus mundos; el fin del mundo del Holoceno. Aun cuando en 1610 haya quedado impreso en las huellas estratigráficas de la Tierra, su origen se desencadenó en 1492. Desde entonces, “Occidente cayó sobre todas las civilizaciones como un Apocalipsis que puso fin a su existencia. Creyéndonos portadores de salvación, nos convertimos en el apocalipsis para los otros” (Latour, 2017, p. 232).

Antes que se conociera el hallazgo de Lewis y Maslin, también el sociólogo e historiador ambiental Jason Moore, propuso remitir los orígenes del Capitaloceno, no a la Revolución Industrial detonada con la bomba de Watt, sino a las transformaciones en el modo social de apropiación y producción de la naturaleza, desencadenas durante el “largo siglo XVI”, de 1450 en adelante. Para Moore, en las tensiones y conflictos de la “Europa feudal” se produce un:

cambio crucial en la escala, la velocidad y el alcance de la transformación del paisaje en el mundo atlántico y más allá”, que implicaron “un cambio en las relaciones de la humanidad con el resto de la naturaleza, mayor que ningún otro desde la aparición de la agricultura y las primeras ciudades –y en términos relacionales, mayor que la aparición de la máquina de vapor (Moore, 2021, p. 215).

Así, el autor apunta a señalar la importancia de la mercantilización como fenómeno precedente y determinante de la carbonización, en tanto factor clave de las transformaciones capitalogénicas. Además, decisivamente, procura poner de relieve la conexiones intrínsecas (económicas, geográficas, ecológicas e histórico-políticas) entre capitalismo e imperialismo, ya que, al considerar los requerimientos socioecológicos de la ley del valor – de una economía concebida en crecimiento perpetuo –, ésta no puede realizarse sino a través de un movimiento incesante de expansión de la frontera de mercantilización; básicamente, para lograr el aprovisionamiento de “los cuatro baratos: trabajo, alimento, energía y materias primas” (Moore, 2013, p. 13).

Aunque Jason Moore omite toda referencia al respecto, desde Mariátegui a Quijano, pasando por las críticas del estructuralismo latinoamericano a los regímenes primario-exportadores, la teoría de la dependencia, los desarrollos de la historia ambiental latinoamericana, desde el invaluable ensayo de Eduardo Galeano (“Las venas abiertas de América Latina”, 1971) en adelante, y hasta llegar a las perspectivas descoloniales y los estudios de la ecología política latinoamericana fraguada en la crítica radical al desarrollismo y al extractivismo, hay una vasta tradición en el pensamiento crítico indo-afro-americano que, desde hace por lo menos 70 años atrás, viene colocando como un eje central de la constitución y funcionamiento de la economía/ecología mundo del capital, la configuración de la entidad “América” como espacio subalterno, como mera “naturaleza”, objeto de saqueo y botín de guerra, fuente presuntamente inagotable de “recursos naturales” para el abastecimiento del proceso de industrialización excluyente de los centros imperiales, sucesivamente reorganizados y relocalizados en cuanto ejes coordinadores y concentradores de la acumulación capitalista mundializada.

En todo caso, los debates sobre Antropoceno (Crutzen y Stoermer, 2000; Zalasievickz *et al.*, 2008; Steffen *et al.*, 2011), Capitaloceno (Altvter, 2014; Malm, 2015;

Moore, 2021; Fraser, 2021), Plantacionoceno (Tsing, 2018) Chthuluceno (Haraway, 2016) y demás — todos ellos sustancialmente requeridos a ser profundamente revisados y reelaborados a partir del hallazgo del *Pico Orbis* —, vienen a resignificar y a darle una inusitada relevancia a estos antecedentes. La crítica originaria al modo de ocupación, despoblamiento/repoblamiento, usurpación, colonización y organización de un sistema integral (económico, jurídico, político, militar, religioso, cultural, ecológico) centrado en la súper-explotación de la tierra y de los cuerpos de “América” viene ahora a adquirir una centralidad excluyente en cuanto detonante de las drásticas y amenazantes transformaciones de la Tierra que configuran el presente.

La violencia descomunal ejercida y desatada durante el proceso de invasión/invencción, conquista, usurpación e imposición de la explotación colonial de la entidad “América” adquirió un carácter determinante en el curso sucesivo de la historia de la humanidad y de la propia historia de la Tierra. Es en el marco de ese proceso que tiene lugar la emergencia — y posterior constitución, consolidación y mundialización) del colonialismo-capitalismo-patriarcado en cuanto nuevo patrón de poder mundial (Quijano y Wallerstein, 1992; Quijano, 2000) y en cuanto nuevo régimen de relaciones sociales que alteraría definitivamente los ciclos y ritmos del Holoceno.

A la luz de los efectos sobrevinientes, se puede dimensionar la inmensa productividad destructiva, la potencia geológica y política performativa emergente de ese entorno colonial y de las específicas circunstancias ambientales y sociales que determinaron el proceso de apropiación/producción de la Naturaleza-América(na) (Machado Araújo, 2016), en cuanto plataforma representacional y material de la emergente concepción moderna-científica de “Naturaleza” y en cuanto espacio ecológico de aprovisionamiento subordinado de las nuevas prácticas económico-políticas dominantes que, desde entonces, se adueñarían del mundo (sensu Segato, 2003; 2018).

4. VIOLENCIA CONQUISTUAL COMO FUERZA GEOLÓGICA

“Una civilización que se muestra incapaz de resolver los problemas que suscita su funcionamiento es una civilización decadente. Una civilización que escoge cerrar los ojos ante sus problemas más cruciales es una civilización herida. Una civilización que le hace trampas a sus principios es una civilización moribunda.” (Aimé Césaire, Discurso sobre el colonialismo, 1950).

En última instancia, el discurso del “Antropoceno” constituye un intento bastante burdo de naturalización de la violencia. Los geólogos del Norte que hablan de su hallazgo remiten a los filósofos, también del Norte, que tras la conquista del “Nuevo Mundo”, emprendieron la tarea de la naturalización del Sujeto-Individuo maximizador, predispuesto a ver y concebir el mundo como Objeto-de-Conquista; ya en su versión epistemológica (Descartes), o económica (Smith) o política (Hobbes), el Individuo es realmente un sujeto peligroso. Hace del conocimiento una tecnología de poder, y del poder un arma de guerra; de la violencia el medio de conquista y de producción del mundo. La vida en sí, pasa a ser percibida como un campo de batalla.

La historización, como método para visualizar y reconstruir la geografía expansionista de Occidente, permite desencubrir las relaciones ontológico-políticas entre violencia y mercantilización; entre conquistualidad y “civilización”, entendida ésta como reverso de la barbarización acaecida del género humano tras la Gran Guerra de Conquista-Originaria.

Es necesario advertir que el discurso del “Antropoceno” supone una naturalización de la violencia, como rasgo estructural, base y columna vertebral de la matriz “civilizatoria” de “Occidente”. Su matriz racista está inserida en la configuración del binarismo CIVILIZACIÓN vs BARBARIE como cosmovisión política de fondo; como filosofía de la Historia y como pragmática política institucionalizada e incorporada en el núcleo del sistema de estructuración y reproducción social de “Occidente”.

No estamos desconociendo la violencia como posibilidad genéricamente humana, ni haciendo caso omiso de sus antecedentes concretos. Sino de lo que se trata es de analizar e identificar cuándo y bajo qué circunstancias la violencia se convirtió en patrón dominante del modo de concebirse y comportarse como superiormente “humano”. Con su lucidez característica, Lewis Mumford en *“Los orígenes de la guerra”* (1959), señala que la

guerra es una “aberración de la condición humana”, pero cuya ocurrencia está vinculada no a la “especie” sino a un particular modo de concepción y producción de la existencia, que él llama “civilización. Para Mumford, la “civilización” no es sinónimo de cultura, sino casi lo contrario: refiere a un exceso, una extralimitación de la ambición humana; una desmesura de la voluntad de poder; una voluntad de poder que se impone arrasadoramente — unilateralmente — sobre la alteridad y que avanza destruyendo diversidad y complementariedad. La guerra es un producto de la civilización y la civilización es la imposición monológica de la voluntad de poder desquiciada, descontrolada, absoluta; es decir, que ha roto y ha perdido sus obligaciones morales y materiales con el universo de mutualidades que sostienen la vida. Las civilizaciones crearon obras grandiosas; mega-arquitecturas, todas ellas construidas con la sangre de trabajo humano forzado y de la generalización de relaciones de objetualización/explotación de seres vivos en general.

Para Mumford, atribuir la guerra a la naturaleza humana, es una trampa ideológica de la civilización:

En la actualidad existen suficientes pruebas antropológicas y arqueológicas de un pasado más pacífico, cuando la escasez de comida, la violencia, el peligro y la muerte eran sobre todo producto de los desastres naturales, y no el resultado deliberado de la acción humana” (...) “Los esfuerzos posteriores del hombre civilizado para imputar el origen de la guerra a algún impulso animal primario hacia la agresión asesina contra los de su propia especie es una vacía racionalización.” (Mumford, 2016, p. 544-549).

Con la invasión, invención y colonización de “América” — primera “entidad geosocial de la modernidad” (Quijano y Wallerstein, 1992) — la guerra de conquista se convierte en el principio civilizatorio por excelencia, que, una vez activado como tal, extiende su geometabolismo geofágico sobre el resto del mundo y la totalidad del mundo, ahora apropiado como botín de guerra. El comercio y la guerra colonizan el universo de las prácticas consideradas humanas por excelencia. El *animus domini*, la voluntad imperial, condensa el núcleo motivacional de los individuos; la posesión y el control, el sentido y fin de la existencia. La guerra y el comercio, sólo son las mediaciones de esa voluntad de poder-como-dominación.

Si la violencia y la guerra pre-existieron como taras civilizatorias previas, con la irrupción del capitalismo, pasan a constituirse en el patrón mundializado de un modo hegemónico, presuntamente universal, único, excluyente de existencia superior, que se impone como tal sobre el resto de las agro-culturas humanas y sobre el conjunto de la sociobiodiversidad de la Tierra en toda su extensión. El orden colonial del capital institucionaliza la guerra-de-conquista como la cumbre de la Civilización; estadio superior del Espíritu Absoluto hegeliano. Y el “Antropoceno” es, consecuentemente, una emergencia geosocial, climática, geológica y política, de un modo-de-existencia completamente basado en la violencia conquistual.

En otros trabajos señalamos que, propiamente, en estrictos términos históricos, 1492 es el punto de inicio de la primera y única guerra mundial; una guerra contra las mujeres (Merchant, 1982; Mies, 1999; Segato, 2016; Federici, 2018); una guerra contra las comunidades campesinas; contra los pueblos indígenas de Abya Yala, de África y también de Europa misma; luego también de Asia; una guerra contra Gea misma, nuestra propia Tierra, el origen y fundamento de nuestra existencia. El eco-genocidio originario, instituyente de un mundo-de-guerra, de guerra perpetua de conquista permanente.

Con precisión, Nafeez Ahmed señala que la guerra está esculpida en los tendones del Antropoceno.

Si bien se puede considerar que los siglos XX y XXI ejemplifican la dinámica intrínsecamente ecocida del crecimiento exponencial de la civilización humana, al mismo tiempo exhiben otra característica paralela: la proliferación sistemática de la guerra, la violencia masiva y las múltiples formas de genocidio. Estas características paralelas –ecocidio y genocidio–, la destrucción de nuestros ecosistemas que soportan la vida y la destrucción directa de las vidas de los miembros de nuestra propia especie no son fruto del azar, sino que son síntomas del sistema de la propia vida humana en su forma actual.” (Ahmed: 2019, p. 63).

La guerra, la guerra de conquista, en definitiva, está en las raíces generativas de una falla geológico-política; una falla civilizatoria. “Antropoceno” es la huella de la violencia conquistual; el nombre de una Civilización fallida.

Históricamente, empíricamente, al frente de esa guerra de conquista, de esa civilización fallida, lo que se visualiza, lo que encontramos, no es un “ser humano”, sino

un “Super-Hombre”, un súper macho; un Individuo revestido con los privilegios de la “dueñidad”, generalmente, de manera abrumadoramente mayoritaria, un varón blanco, armado de todas las formas y los medios de poder materiales y simbólicos del mundo de guerra que habita (desde las armas legales, semióticas, simbólicas, a las armas materiales y literales, cada vez más letales). Ese individuo piensa la tierra como de su propiedad. Se cree dueño absoluto, que no le debe nada a nadie; y que no depende de nadie. Piensa a los que trabajan en “sus tierras” como una extensión de su propiedad. Piensa el proceso económico, no como sustento, sino como explotación. Piensa la realización humana no como colaboración sino como dominación.

En definitiva, frente a la Civilización, no hay un *humanus*, un agricultor, sino un Conquistador. Un individuo-violento que ha hecho de la explotación extractiva de las energías vitales de la tierra para su valorización abstracta, el sentido único de su existencia. Cuanta más violencia ejerce, más insensible se hace a los daños y al sufrimiento que provoca. El conquistador, en el acto de conquistar, no sólo se erosiona la complejidad ecosistémica de la Tierra; no sólo se afecta la biósfera del planeta; se erosiona principalmente, la propia condición humana. Esto nos revela, o nos invita a pensar una dimensión más radical de la Era que nos ocupa: El “Antropoceno” es una Era donde el “*Anthropos*” ha ido demasiado lejos... Su desmesura ha intoxicado el mundo... Una Era donde el Humano se desconoce como humus y sólo sabe comportarse como conquistador/depredador.

5. CONQUISTUALOCENO, EMERGENCIA GEOSOCIAL Y ENFERMEDAD DE LA PIEL

“Como é que, ao longo dos últimos 2 mil ou 3 mil anos, nós construimos a ideia de humanidade? Será que ela não está na base de muitas escolhas erradas que fizemos, justificando o uso da violência?”. (Ailton Krenak, Ideias para adiar o fim do mundo, 2022).

Como uno de los efectos de falla civilizatoria, la escisión epistémica-ontológica fundacional de la Razón colonial entre Naturaleza y Cultura se refleja en el modo en que geólogos (y no pocos filósofos del Norte) piensen el “Antropoceno” exclusivamente en

términos de los efectos unilaterales que “los humanos” provocaron sobre la Biósfera. Dejando de lado así, u omitiendo, que la violencia conquistual, no sólo tiene efectos hacia la exterioridad/alteridad sobre la que se ejerce, sino que también — insoslayablemente — provoca consecuencias hacia la interioridad del sujeto violentador.

¿Qué ha pasado con una Humanidad que se ha (mal)acostumbrado a pensarse y auto-concebirse desde el antropocentrismo, el individualismo competitivo de guerra, el horizonte civilizatorio del ciudadano/consumidor, normalizado en el disfrute inmediato (Scribano, 2013) provisto en el universo fetichista de la mercancía como sustancia monopólica de la noósfera de las sociedades contemporáneas? ¿Qué efectos tiene esta trayectoria de devastación incesante y creciente sobre la propia humanidad de lo Humano?

La dinámica geometabólica involucra el movimiento dialéctico como atributo de la materia viva. Eso implica que el obrar humano es la tecnología a través de la cual no sólo moldeamos nuestro ambiente, damos forma a la Tierra, producimos la/s Gea/grafías concretas como culturas arraigadas, territorializadas, productoras y habitantes de esos espacios de habitabilidad donde la vida se hace posible y puede prosperar. Pero además, implica también, decisivamente, que el modo de obrar es la tecnología de la propia constitución antropológica de la humanidad de lo humano.

Corriéndonos de todo esencialismo, prevenidos contra toda naturalización, asumiéndonos como entidades histórico-materiales, emergentes de la co-evolución de la biodiversidad terráquea de y en la Tierra, *los humanos somos los que nos hacemos*. Nuestras prácticas tienen efectos geológicos y antropológicos. La politicidad de nuestra condición de existencia se refleja necesariamente, insoslayablemente en esos dos niveles.

Como señala Marshall Shalins:

“El problema no es si la naturaleza humana es buena o mala. Hay muchos ‘anti-Hobbes’ que atacaron el egoísmo innato con base en la bondad natural y que continuaron en el mismo esquema esclerosado de una determinación corpórea de las formas culturales. (...) Para Marx, la ‘esencia humana’ existe dentro de y en cuanto relaciones sociales, no como un pobre sujeto agachado fuera del universo. ‘Nacidos ni buenos ni malos, los humanos se forman a sí mismos como mejores o peores dentro de la actividad social

(praxis) en la forma como ella se desarrolla dadas las circunstancias históricas.” (Marshall Sahlins, 2011).

Así, dentro de la matriz (in)civilizatoria del capital, el hobbesianismo es un resultado lógico emergente; no de la naturaleza humana, sino de la naturaleza de la formación geosocial dentro de la cual fue incubado. Esto nos lleva a pensar el Antropoceno, en lo que más nos atañe, como especie y como comunidad biótica: verlo no ya sólo como una emergencia geosocial, sino como una enfermedad de la piel. En el sentido que ese derrotero necroeconómico de guerra conquistual perpetua no sólo ha significado una gran transformación catastrófica de la Tierra, sino también una transformación monstruosa de lo humano. La proliferación de ultra-derechas exacerbadas en discursos militaristas racistas, machistas por el mundo, y hasta la contaminación de los procesos electorales de la democracia representativa moderna, no pueden verse con asombro, como una novedad inexplicable.

Lo que Rita Segato llamó de “pedagogía de la crueldad” para dar cuenta de la socialización del sujeto auto-concebido como conquistador-dueño; lo que Michel Taussig llamó de “pedagogía del terror” para hacer referencia a los modos de imposición del poder imperial y a su capacidad de aniquilación, eso es lo que que aflora en este devenir monstruoso de lo humano. En ese sentido, hemos hablado del “Antropoceno” como una enfermedad de la piel.

Es clave entender que la destructividad inherente al sociometabolismo del capital no tiene efectos e impactos sólo a nivel de los procesos macro-geopolíticos y biosféricos de la Tierra, sino también, decisivamente, a nivel micro-biopolítico, en las estructuras más elementales de la percepción y la sensibilidad de los cuerpos. Vale decir, la capacidad performativa que la dinámica sociometabólica del capital tiene y ejerce sobre la estructuración de los organismos humanos vivientes constituye un elemento central para entender la naturaleza de la crisis, su real envergadura como crisis ecológico-civilizatoria; en definitiva, para procurar comprender qué nos está pasando como especie, como comunidad biológica que por su propio proceso geológico y ontogenético de constitución adquirió y ejerce — como atributo histórico-específico — la capacidad de dirección y disposición general de la historia de la Vida en la Tierra.

Y lo que “nos pasa” es que la vertiginosa aceleración del sociometabolismo del capital experimentada durante las últimas cinco décadas, no sólo ha involucrado un agravamiento drástico de los soportes y procesos materiales de la vida en el Planeta, sino que también ha provocado profundos *efectos ecobiopolíticos* a nivel de las sensibilidades humanas. Como consecuencia, se ha terminado instaurando un nuevo *régimen de (in)sensibilidad social* que hace parte clave de los mecanismos y dispositivos de devastación generalizada de la vida en el Planeta. Así, el aspecto determinante de la crisis hoy, pasa por cómo la vivimos, por cómo la experimentamos a nivel de nuestra sensibilidad orgánico-corporal-espiritual. Más peligroso y más grave que la propia destructividad del capitalismo, es su capacidad para moldear subjetividades cuyas estructuras perceptivas, sensoriales y cognitivas resultan completamente incapaces de sentir el deterioro objetivo de las fuentes y procesos de vida al que se hallan insoslayablemente expuestas.

Situados en esa perspectiva y en ese marco, la noción de crisis ecológico-civilizatoria alude específicamente al profundo estado de *anestesiamiento ecobiopolítico* en el que se encuentran sumidos vastos individuos de la especie humana (especialmente, los habitantes de las grandes urbes y las zonas dichas ‘desarrolladas’ del mundo), para los cuales pasa absolutamente desapercibido cómo el sistema de producción de mercancías/deseos se erige y funciona sobre el aplastamiento, subsunción y fagocitosis del sistema-de-Vida-en-sí.

Así, en el siglo XXI, tras cinco siglos de aventuras imperiales, el capitalismo ha devenido en *régimen exterminista*. El *devenir Mundo* del Capital ha desembocado en la instauración de una *sociedad de drones*, donde matamos sin *ver* y destruimos sin *sentir*. Eso es, en rigor, crisis ecológico-civilizatoria: crisis del *sentido* de la Tierra y del *sentido de los cuerpos*. La (presuntamente) ilimitada carrera de conquista, explotación, mercantilización de la Tierra ha avanzado destruyendo los capilares más delicados de nuestra sensibilidad vital; y ha terminado colonizando los sustratos motivacionales más profundos de la subjetividad. La Era del Capitaloceno señala justamente una era geológica dominada por una especie especialmente discapacitada para sentir y percibir los flujos y requerimientos de la Vida-en-sí. Somos crecientemente incapaces de sentir lo que nos está pasando, pero

también crecientemente incapaces de responder por el sentido de nuestra existencia. El proceso de (in)civilización ha ido haciendo de lo humano una *especie* extremadamente peligrosa: peligrosamente insensible ante el dolor, el sufrimiento humano y más que humano; de todo ser vivo.

BIBLIOGRAFÍA

ALTVATER, Elmar. El Capital y el Capitaloceno. **Mundo Siglo XXI**, Ciudad de México, v. 9, n. 33, p. 5-15. 2014.

BLOM, Philipp. **El motín de la Naturaleza**: Historia de la Pequeña Edad de Hielo (1570-1700). Barcelona: Anagrama, 2020.

BRAUDEL, Fernand. **El Mediterráneo y el mundo del mediterráneo en la época de Felipe II**. México: Fondo de Cultura Económica, 1976.

CÉSAIRE, Aimé. **Discurso sobre el colonialismo**. Madrid: Akal, 2006.

CRUTZEN, Paul; STOERMER, Eugene. The Anthropocene. **IGPB Global Change Magazine**, n. 41, p. 17-18. 2000.

BOWLER, Peter. **Historia fontana de las ciencias ambientales**. México: Fondo de Cultura Económica, 1998.

FEDERICI, Silvia. **Calibán y la bruja**: Mujeres, cuerpo y acumulación originaria. Buenos Aires: Tinta Limón, 2015.

FRASER, Nancy. **Los talleres ocultos del capital**. Madrid: Traficantes de sueños, 2020.

FRASER, Nancy. Climates of Capital. **New Left Review**, Londres, n. 127, p. 101-117. 2021.

HARAWAY, Donna. Antropoceno, Capitaloceno, Plantacionoceno, Chthuluceno: Generando relaciones de parentesco. **Revista Latinoamericana de Estudios Críticos Animales**, n. 3, v. 1, jun. 2016.

HARAWAY, Donna. **Seguir con el problema**: Generar parentesco en el Chthuluceno. Buenos Aires: Consonni, 2019.

LEWIS, Simon; MASLIN, Mark. Defining the Anthropocene. **Nature**, n. 519, p.171-80. 2015.

MACHADO ARÁOZ, Horacio. La naturaleza como objeto colonial. **Boletín Onteaiken**, Córdoba, n. 10. 2010.

MACHADO ARÁOZ, Horacio. **Potosí, el origen**: Genealogía de la minería contemporánea. Buenos Aires: Mardulce, 2014.

MACHADO ARÁOZ, Horacio. Ecología Política de los regímenes extractivistas. **Revista Bajo el Volcán**, México, vol. 15, n. 23, p. 11-51, set./fev. 2015.

MACHADO ARÁOZ, Horacio. Sobre la Naturaleza realmente existente, la entidad “América” y los orígenes del Capitaloceno. **Revista Actual Marx Intervenciones**, n. 20, p. 205-230. 2016.

MACHADO ARÁOZ, Horacio. “América Latina” y la Ecología Política del Sur: Luchas de re-existencia, revolución epistémica y migración civilizatoria. In: ALIMONDA, H. *et al* (coord.). **Ecología Política Latinoamericana**. Buenos Aires: Clacso, 2019.

MACHADO ARÁOZ, Horacio. America(n)-Nature, Capitalocene and challenges for the human species. Perspectives from a Political Ecology of the South. **DIE ERDE - Journal of the Geographical Society of Berlin**, Berlín, v. 153, n. 3. 2022.

MALM, Andreas. The Anthropocene Myth. **Jacobin**, Nova Iorque. 2015. Disponível em: <https://www.jacobinmag.com/2015/03/anthropocene-capitalism-climate-change/>
Acesso em: 15/01/2022.

MALM, Andreas. **Fossil Capital**: The Rise of Steam Power and the Roots of Global Warming. London: Verso, 2016.

MARIÁTEGUI, José Carlos. **Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana**. Buenos Aires: Gorla, 2005.

MARX, Karl. **El Capital**: El proceso de acumulación capitalista. México: Siglo XXI Eds, 1979. v. 1.

MIES, Maria. **Partiarchy and Accumulation on a World Scale**. London: Zed Books, 1999.

MORSE, Richard. El desarrollo urbano de la Hispanoamérica colonial. In: BETHELL, L. (ed.). **Historia de América Latina**. Barcelona: Ed. Crítica, 1990. v. 3.

MOORE, Jason. El auge de la ecología-mundo capitalista (I). **Laberinto**, n. 38. 2013.

MOORE, Jason (ed.). **Anthropocene or Capitalocene?: Nature, History, and the Crisis of Capitalism**. Kairos, 2016.

MOORE, Jason. **El Capitalismo en la trama de la vida**: Ecología y acumulación de Capital. Madrid: Traficantes de sueños, 2021.

MUMFORD, Lewis. **Ensayos**: Interpretaciones y pronósticos. La Rioja: Pepitas de calabaza, 2016.

QUIJANO, A.; WALLERSTEIN, I. La americanidad como concepto, o América en el moderno sistema mundial. **Revista Internacional de Ciencias Sociales**, Catalunha, v. XLIV, n. 4, p. 583-592. dez. 1992.

QUIJANO, Aníbal. Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. In: LANDER, E. (comp.). **La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales**. Buenos Aires: Clacso, 2000.

ROCKSTRÖM, J. *et al.* Planetary boundaries: Exploring the safe operating space for humanity. **Ecology and Society**, v. 14 (2), p. 2-32. 2009.

SAHLINS, Marshall. **La ilusión occidental de la naturaleza humana**. México: Fondo de Cultura Económica, 2011.

SANTOS, Milton. **A urbanização brasileira**. São Paulo: Editora USP, 2009.

SCRIBANO, Adrián. Una aproximación a la moral del disfrute: Normalización, consumo y espectáculo. **Revista Brasileira de Sociologia da Emoção**, v. 12, n. 36. dez. 2013.

YUSOFF, Kathryn. **A Billion Black Anthropocenes or None**. Minnesota: Minnesota University Press, 2018.

WORSTER, Donald. **Transformaciones de la Tierra**. Montevideo: Coscoroba Ed, 1998.

ZALASIEWICZ, J. *et al.* Are we now living in the Anthropocene?. **Geological Society of America Today**, v. 18 (2), p. 4-8. 2008.